timiento y faltaria de esta suerte á la obra del gran Federico.

En resúmen, la cuestion italiana, reducida á un interés nacional, desprendida del elemento revolucionario y contenida y moderada en sus pretensiones por el protectorado moral de Europa, no puede ser en nada amenazadora para Alemania. Todo lo contrario; su solucion, si fuera posible, seria una nueva fuerza para la nacionalidad alemana y una garantia de seguridad y de equilibrio para todos los estados que la componen.

IV.

Despues de demostrar que la Inglaterra está moralmente empeñada, y Alemania políticamente interesada en una solucion nacional de la cuestion de Italia, debemos examinar cómo habria de caracterizarse esta cuestion relativamente á la Francia.

¿Qué quiere la Francia? ¿Quiere, como en tiempo de la República y del primer Imperio, reconstituir la Europa para imponerse á ella, cambiar las fronteras, mudar de sitio las nacionalidades, destronar los reyes y fundar dinastías, ó bien quiere simplemente consolidar y asegurar el órden europeo aplicando su poder con objeto de resolver las dificultades que pueden amenazarla y comprometerla?

Creemos que se sienta claramente la cuestion de este modo.

El primer Imperio, lo mismo que la Revolucion, tenian un objeto general ante el cual solo eran secundarios los intereses nacionales. La Europa estaba coaligada contra principios que acababan de triunfar en Francia y bajo cuya influencia iba á verificarse una inmensa transformacion. Estábamos condenados por mucho tiempo quizás á luchar solos contra todos, con el doble interés de conservacion territorial y de espansion moral en beneficio de los demás pueblos. Debíamos por consiguiente crearnos en todas partes, en el Rhin, en el Escalda, en los Pirineos y en los Alpes fortalezas ó avanzadas para sostener segun las circunstancias nuestra política sucesivamente ofensiva ó defensiva. Cuando el emperador Napoleon I se hacia coronar rey de Italia y proclamar protector de la Confederacion germánica, queria mas bien proteger que engrandecer el territorio francés que era bastante considerable en sus límites naturales para traspasarlos; constituia de este modo la independencia al mismo tiempo que la influencia de la nueva Francia, y sus victoriosas águilas llevaban al exterior, no la servidumbre, sino la civilizacion.

En lo que concierne particularmente á Italia, el emperador esplicó los motivos de su dominacion en aquel pais en una de sus memorables conversaciones de santa Elena. "En cuanto á los italianos, decia, la aglomeracion estaba ya muy adelantada; no le faltaba mas que inveterarse, y cada dia sazonaba en ella la unidad de principio y de legislacion, la de pensar y sentir, que es el cimiento seguro é infalible de las aglomeraciones humanas. La reunion del Piamonte á la Francia, y la de Parma, de Toscana y de Roma solo las habia concebido con un carácter pasajero, y no tenian mas objeto que vigilar, garantir y adelantar la educacion nacional de los italianos." Y no se diga que esta idea tan generosa era en la conciencia del glorioso proscrito la escusa de su dominacion perdida, pues era verdaderamente la inspiracion de su genio político, y así lo prueba la respuesta oficial que dió en 1808 á M. Melzi que presidia la comision encargada de ofrecerle la corona de Italia.

Esta respuesta es un rayo de luz en esta cuestion histórica. "Siempre abrigué la intencion, dijo, de crear libre é independiente la nacionalidad italiana; acepto la corona, y la conservaré, pero únicamente durante el tiempo que lo exijan mis intereses."

Las campañas de la revolucion y las conquistas del imperio eran, por consiguiente, un medio violento, un recurso extremo de lucha y de propaganda, pero no un sistema. Si el emperador hacia francesas á Alemania y á Italia, era para prepararlas algun dia á ser alemanas é italianas. La adversa fortuna le sorprendió antes que pudiera verificarse este objeto de equilibrio europeo, y lo mas notable fué que para rechazarle de la otra parte del Rhin y de los Alpes, hubo necesidad de excitar contra él el sentimiento nacional que comprendia y hacia entrar en su vasto plan como un elemento de la pacificacion general. La coalicion consiguió reunir bajo su bandera á Italia y á Alemania prometiéndoles su independencia.

La situacion de la Francia con respecto á Europa es en el dia del todo diferente. La revolucion francesa llevó á cabo su obra en las constituciones, en las leyes y en la costumbres, y su influencia se hizo sentir mas allá de nuestras fronteras. El imperio, restablecido despues de mas de treinta años de luchas, ha conquistado la alianza de algunas de las mas viejas monarquias, la amistad de otras y el aprecio de todas. No ha de temerse, pues, que nuestra ge-

neracion vea trabarse otra vez guerras como las que costaron tanta sangre y dieron tanta gloria á nuestros padres.

Si Francia, que quiere la paz, se viere precisada á hacer la guerra, la Europa debia indudablemente conmoverse pero no alarmarse, pues no se pondria en litigio su independencia. La guerra, que felizmente no es probable, el dia que fuese necesaria, no tendria mas objeto que precaver las revoluciones por medio de satisfacciones legítimas dadas á las necesidades de los pueblos, y con la proteccion y la garantía de los principios reconocidos y de los derechos auténticos de su nacionalidad.

El emperador Napoleon I se creyó obligado á conquistar las nacionalidades para emanciparlas, pero si su sucesor tiene que defenderlas algun dia, será para emanciparlas sin conquistarlas. Tambien podriamos decir á Italia lo que le decia M. Thiers el 29 de enero de 1848 desde la tribuna con tanta razon como elocuencia: "Cuando cincuenta años ha quisimos poseer la Italia era un error, pero un error escusable, porque poseerla equivalia á salvarla, y el inmenso imperio que se estendia desde Roma á Hamburgo no fué mas que una gran represalia del célebre convenio de Pilnitz. Pasó aquel tiempo: es preciso que sepa la Italia que Francia desea verla independiente, libre y feliz."

V.

Hay en Francia y en Europa hombres de muy buena fe que preguntan si existe verdaderamente una cuestion italiana. Es cierto que esta cuestion no se ha planteado en estos últimos tiempos por medio de la guerra civil ni por la estranjera, pero ¿debemos deducir de esto que no existe? No es tal nuestra opinion.

La cuestion italiana está planteada por las inquietudes que causa á Europa, por el malestar que en ella perpetúa y por la situacion falsa en que todos los gobiernos de la Península están mas ó menos empeñados bajo el imperio de causas á la vez comunes y diversas.

Analicemos rápidamente estas causas para que la opinion pública de Europa se halle en el caso hasta de juzgar si es posible que se conserve el estado actual de las cosas de Italia, y si no seria mas prudente y político precaver profundas perturbaciones que dejarse adelantar por los acontecimientos.

VI.

En Roma, el Papa está bajo la custodia respetuosa y adicta de las armas de Francia. Esta ocupacion militar es un hecho anormal y necesario al mismo tiempo, y si cesase hoy, veriamos entrar mañana para reemplazarnos al Austria ó á la revolucion.

Las nobles cualidades y las generosas intenciones de Pio IX, parecian reservarle para un papel escepcional en la historia del pontificado. El patriotismo italiano se unió en él á todas las virtudes cristianas, y era digno de regenerar la Italia. Esta fué la primera inspiracion de su advenimiento: la grandeza de Roma pareció revivir momentáneamente bajo la figura de este Papa, y Turin, Nápoles, Venecia y Milan se hallaron vivamente animados de un nuevo espíritu al oir la señal que daba la campana de la cúpula de San Pedro; pero sobrevino por desgracia la revolucion que arrastró á los pueblos, hizo retroceder á los príncipes y llenó de desengaños el alma de Pio IX, no dejándole otro refugio que el destierro ni mas salvacion que la espada de Francia.

No es culpa de Pio IX si la autoridad temporal que queria reformar se halló otra vez en sus manos tal como la habia recibido de su antecesor. Convencido de la necesidad de reforma, sintió indudablemente el pesar de verla fracasada, pero nunca tendrá un remordimiento ante Dios por haberla intentado. Actualmente soporta con resignacion enteramente cristiana el peso de una situacion que ha tratado en vano de mejorar y cuyos abusos, si posible fuera, hubiese corregido su perfecta bondad.

Esta situacion coloca al Papa ante tres dificultades muy reales y que, como lo declaramos, ponen sériamente en peligro, segun nuestro parecer, el poder político del papado, poder necesario á su independencia y á la grandeza de su mision religiosa.

La primera de estas dificultades se encuentra en el régimen administrativo de los estados romanos, que no es mas que la autoridad católica aplicada á los intereses del órden temporal. Las leyes de la Iglesia no permiten la discusion y solo merecen respeto, debiendo considerarlas como emanacion de la Divina Sabiduria; pero la sociedad civil reclama su legislacion como la religiosa exige y conserva la suya. El derecho canónico, inflexible como el dogma é inmóvil en medio del movimiento de los siglos, es esencial-

mente distinto del derecho legal, variable como las necesidades y los intereses de la sociedad; pero si el derecho canónico pudo adaptarse á los primeros siglos de la civilizacion cristiana, cuando Carlomagno trasladaba á sus Capitulares las reglas y los preceptos de la teocracia, no bastaria para la proteccion y el desenvolvimiento de la sociedad moderna.

Hay sin embargo un punto esencial que no conviene nunca perder de vista cuando su trata del gobierno pontificio, y es la necesidad de respetar su doble carácter y de conciliar el régimen de la Iglesia y el de la nacion que ejerce una misma mano. Es preciso conciliarlos sin confundirlos. Hé aquí el problema; problema dificil, en efecto, pero de cuya solucion depende quizás la salvacion del poder temporal del papado.

Efectivamente, de esta confusion nacen abusos reales, independientes de los hombres é inherentes á la índole de las cosas, abusos que escitan en el seno del pueblo romano un espíritu que le hará fácilmente injusto y desconfiado y que solo contiene la presencia de nuestros soldados. Nosotros somos responsables de lo que protegemos, y hasta nuestra ocupacion se gastaria, y comprometeria el hombre y la influencia de Francia, si se prolongára en semejantes condiciones.

Así pues, el carácter absolutamente clerical del gobierno de los estados romanos es bajo el punto de vista político un contrasentido, una causa activa de descontento, y por consiguiente, un elemento de debilidad para el mismo Papa y un peligro permanente de revolucion.

La segunda dificultad para el Papa es la que resulta de la cuestion nacional. Bajo este punto de vista, su situacion no es mas franca ni menos peligrosa. La irritacion en los Estados romanos depende menos de la carencia de garantías legales y de la administracion clerical que del antagonismo necesariamente establecido entre la mision del gefe de la Iglesia y la del Papa, príncipe italiano. La causa de la revolucion de 1848 fué ante todo la esplosion de la idea nacional. Del Vaticano debian proceder á un tiempo el estímulo y el obstáculo al establecimiento de la nacionalidad de Italia.

El papa sostenia como soberano la causa de la independencia, y como gefe de la Iglesia vituperaba la guerra y se negaba á romper con el Austria. Colocado entre un doble deber, se veia reducido á sacrificar el uno al otro, y sacrificaba necesariamente el deber político al espiritual: condenacion, no de Pio IX, sino del sistema; no del hombre sino de la situacion, porque la situacion impone al hombre la

terrible alternativa de sacrificar el príncipe al pontífice ó el pontífice al príncipe.

Finalmente, existe otra dificultad, que no es la menos grave, y que ha creado al Papa la imposibilidad absoluta en que se encuentra de formar en las condiciones actuales un ejército italiano. Todas las tentativas hechas con este objeto se han frustrado.

Así pues, en resúmen; en lo que concierne á Roma, existen tres dificultades considerables que corresponden á tres necesidades urgentes que son:

1ª Conciliar el régimen de la Iglesia con un régimen político legal y regular en los estados romanos; 2ª dejar al Papa independiente de las cuestiones de nacionalidad, de guerra, de armamento y de defensa interior y exterior; 3ª constituir un ejército indígena y sustituir á nuestra ocupacion la proteccion de una fuerza italiana formal y eficaz.

Triple exigencia á la cual importa acceder, so pena de una perturbacion segura y tal vez próxima, en interés de Italia, de la Religion y de todos los estados católicos.

VII.

El Piamonte ha crecido sobre manera en importancia y en gloria, y ha conquistado un lugar en los negocios de Europa y un papel en los destinos de Italia. Pero para cimentar su poder enteramente nuevo aun y garantizar su seguridad interior y exteriormente, su gobierno se ha visto precisado á dar satisfaccion á dos intereses que padecen, y son el nacional y el religioso.

La *idea italiana* es desde 1847 el móvil y la razon de todos los actos de la política piamontesa, la pasion del rey Victor Manuel y la bandera del gobierno presidido por el conde Cavour. Pero como esta idea ha producido todo lo que en las actuales circunstancias le era permitido bajo el punto de vista de los hechos militares, de los preparativos de armamento, de los sistemas de defensa y de las manifestaciones políticas contra el Austria, no podrá ir mas allá bajo este concepto sin encontrar la guerra.

Sin embargo, el Piamonte no puede permanecer sin grandes peligros en el punto á donde ha llegado, ni ha debido tomar en vano la iniciativa de un movimiento italiano para retroceder en seguida. Necesita indispensablemente hallar el medio de satisfacer las esperanzas que ha excitado,

so pena de perder toda su influencia en Italia y de ser superado por las pasiones que contiene su actual popularidad.

Hemos dicho que el interés religioso padece en el Piamonte lo mismo que el nacional; es, pues, urgente por muchas razones, que en pais católico no se prolongue por mas tiempo una excision con la corte de Roma que es un estímulo para las pasiones revolucionarias, un motivo de tristeza y un embarazo para las conciencias y un verdadero peligro para el gobierno.

El clero piamontés no abriga odio contra el gobierno representativo. En 1846 y 1847 estaba casi unánimemente en favor del movimiento liberal que dirigian el conde Balbo y el abate Gioberti, y cambió su actitud cuando la ley sobre el matrimonio civil y la de las fiestas eclesiásticas originaron una excision con Roma. No nos pertenece discutir estas leyes, y únicamente manifestaremos que todas las personas ilustradas del Piamonte deploran este estado de cosas y desean con ahinco que termine. Tenemos sobrada confianza en la alta inteligencia del primer ministro del rey de Cerdeña para no estar convencidos de que no es su voluntad el obstáculo que se opone á una reconciliacion tan apetecible, y lo prueba su declaracion en la última legislatura sobre la incameracion de los bienes del clero que rechazó enérgicamente inspirándose, segun dijo, en motivos de elevada política.

Pero es preciso no hacerse ilusiones: esta reconciliacion no es fácil. Hay compromisos empeñados, amor propio excitado, y no se podrá salir de este conflicto en que se pugna sino bajo la proteccion de algun grande acto que fuera una prueba dada al interés nacional y un medio de reconciliarlo con el interes religioso.

Si en vez de esto se prolonga el *statu quo* en el Piamonte, irá á parar fatalmente como resultado político á la guerra y como resultado religioso al cisma.

Son dos grandes peligros, no tan solo para el Piamonte, sino para Italia y para Europa, y sobre los cuales la prudencia política aconseja que no se cierren los ojos.

VIII.

El *statu quo* tan difícil de sostener en Roma y en Turin por las razones que acabamos de dar ¿podrá durar en Milán en Nápoles, en Florencia, en Parma y en Luca?

El emperador de Austria envió á Milan, el archiduque que mas simpatias tiene por Italia. Conocidas son las buenas intenciones del archiduque Maximiliano, el cual usa de su poder con una moderacion que nos complacemos en notar, pero ¿es por esto mas sólida la dominacion de Austria en Italia? Nada prueban las cualidades de un príncipe ni el tiempo siquiera, y como decia lord Palmerston en 1849 en el despacho que hemos citado anteriormente: "No hay probabilidad alguna para el Austria de poder conservar de un modo útil y permanente la alta Italia." Así pues, tenemos por esta parte una insurreccion adormecida, con frecuencia vencida, pero nunca desalentada.

En Nápoles el gobierno está aislado, no solo en Europa por la posicion que se ha creado relativamente á Francia y á Inglaterra, sino tambien en Italia por su rompimiento con el único gobierno que hay allí sériamente organizado. Tambien el rey de Nápoles, y mas tal vez que cualquiera otro, hallándose debilitado con este doble aislamiento, debe contar con una opinion nacional que existe en el Mediodia lo mismo que en el Norte de la Península. Se ha recordado últimamente un documento de sumo interés y que esplica la resistencia del rey de Nápoles á la accion combinada de la alianza anglo-francesa. Los gobiernos de Austria y de las Dos Sicilias se habian comprometido por el artículo 3 del convenio del 29 de abril de 1815 á concluir un tratado de alianza con objeto "de consolidar el estado de paz y tranquilidad interior y esterior de las Dos Sicilias y de Italia en general." Este tratado, concluido en el mes de julio siguiente, estipula en un artículo secreto "que S. M. el rey de las dos Sicilias no admitirá cam-"bio alguno que no pueda conciliarse, ya con las institu-"ciones monárquicas, ya con los principios adoptados por "S. M. I. para el régimen interior de sus provincias italia-"nas." Es imposible hacer ver con mayor claridad la mano de Austria. Es indudable que, bajo el imperio de semejante estipulacion, puede decirse que ella reina en Nápoles como en Milan. Pero el rey Fernando, que se emancipó de esta dominacion en 1847, ¿se creerá siempre protegido por ella? Es permitido pensar que conoce la humillacion y el embarazo que le causa, y que tendria un placer en apoyar una organizacion que sin contrarrestar las prerogativas de que está tan celoso, le permitiera ser por fin príncipe italiano y reconquistar las simpatias de los hombres inteligentes con los que no puede sinduda estar divorciado mientras ocupe el trono.

En Florencia el gran duque Leopoldo ha visto eclipsarse la brillante popularidad que disfrutaba antes de 1848, y de

la cual habia recibido un testimonio en la restauracion completamente espontánea de su trono. Entre él y su pueblo se alzan las bayonetas del Austria y la dominacion austriaca pesa sobre la Toscana lo mismo que sobre Nápoles, pues tambien hay allí un contrato que la sanciona. Un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre el emperador de Austria y el gran duque de Toscana entrega esta parte de Italia á la mano poderosa que se estiende sobre ella en el Norte como en el centro y en el Mediodia. Para que cese esta situacion, para que Florencia vuelva á ser italiana como en tiempo de Médicis, y para que sus príncipes recobren la popularidad, la Toscana necesita como los estados romanos un gobierno nacional y un ejército italiano.

En Parma la gran duquesa se ha resistido mejor que en otras partes á la influencia del Austria á la cual no ha permitido hasta el presente tener guarnicion en sus estados, lo cual es un buen ejemplo, siendo notable que esta inspiracion de patriotismo procede del corazon de una mujer. Pero la duquesa de Parma está ligada por los tratados y por la política como todos los soberanos de la Italia central, pertenece al Austria, y no podrá sustraerse de este yugo hasta que reviva la Italia.

El duque de Módena es el teniente decidido del Austria, y tiene la franqueza de aceptar esta posicion. En 1846 no vaciló en llamar á los austriacos para combatir, no á la revolucion que aun no habia alzado la cabeza, sino el movimiento nacional de que era gefe Pio IX. "Tengo detrás del Po, escribia algun tiempo antes, una reserva de 300,000 hombres." El 24 de diciembre de 1857 firmaba un tratado de alianza con el gabinete de Viena, y concedia al emperador, por el articulo 11 de dicho tratado, "el derecho de ha-"cer entrar las tropas imperiales en el territorio de Móde-"na y de guarnecer las plazas fuertes, siempre que lo exi-"giera el interés de la comun defensa y las precauciones "militares" Esta alianza no le impedia salir de Módena el 21 de marzo de 1848, despues de haber restablecido una regencia encargada de conceder las reformas "que se creyesen útiles y de dar al ducado un estatuto representativo sobre las bases de el del Piamonte." La dominacion austriaca alimenta de este modo en Módena, lo mismo que en todos los estados de Italia donde se halla establecida, el elemento revolucionario, que solo podrá dominar y aniquilar el elemento nacional.

Tal es el estado actual de la Península: en Roma, antagonismo entre el gobierno eclesiástico y los intereses de la sociedad civil; aislamiento del soberano, aun en medio de los respetos que rodean al Pontífice, y ocupacion francesa

indefinida: en Turin, excitacion del pensamiento nacional que puede acarrear la guerra y rompimiento con Roma que puede producir el cisma; en Milan, protesta universal de la nacionalidad abatida, pero viva aun, contra la soberania del Austria: en Nápoles, en Parma, en Florencia, en Módena, en todos los puntos donde gobierna el Austria por medio de sus tratados, de sus consejos, que son mandatos, y de sus guarniciones, rebelion del sentimiento italiano capaz de degenerar en revolucion; en una palabra, una Italia donde las mayores desgracias han borrado y marchitado los recuerdos mas grandes de la historia, donde están comprometidos ó perdidos los intereses mas esenciales de la sociedad, la religion, el órden, la independencia de los pueblos y la autoridad de los príncipes, y de donde se elevan como un reproche y un peligro permanente para la Europa y su civilizacion, padecimientos que no puede ver con indiferencia la humanidad y la política. Hé aquí el cuadro que se presenta á nuestras miradas allende los Alpes. Al reproducirlo aquí con su dolorosa verdad no acusamos á nadie, y únicamente queremos que la opinion pública pueda decidir con completo conocimiento de las cosas, no si es justa semejante situacion, sino sí es posible.

IX.

Francia é Inglaterra estaban de completo acuerdo en el Congreso de Paris para pensar que era necesario dar buenos consejos á Nápoles y á Viena. Este deseo, que no encontró mas que simpatías en el seno de la reunion de los plenipotenciarios, llegó á ser el punto de partida de una negociacion que reclamaba, como primera condicion de su buen éxito, la cooperacion del Austria. El gabinete de Viena y el de las Tullerías se comunicaron sus miras sobre este grave asunto, y uno y otro trataron de ponerse de acuerdo para proponer al Papa un plan de reformas cuya urgencia y necesidades nadie negaba.

El gobierno del Emperador quiso sentar francamente sus principios en este plan que puede resumirse de este modo:

Secularizacion del poder administrativo con la formacion de un Consejo de Estado compuesto de laicos y encargado de examinar y discutir las leyes; representacion de todos los intereses del pais en una Consulta elegida directamente por los consejos provinciales, ó cuando menos por el Papa segun una lista de candidatos presentada por estos Conse-